

Armado para entrar en la contienda,
 No sabe al despertar todos los días
 En qué desierto plantará su tienda!
 Dejas que el blanco cisne en la laguna
 El canto de los céfiros aguarde,
 Jugando con el brillo de la luna,
 Nadando entre los rayos de la tarde;
 Y á mí, ¡Señor! á mí no se me alcanza
 En medio de la mar embravecida,
 Jugar con la ilusión ó la esperanza
 En esta triste noche de la vida!...

Españe su perfume la azucena
 Sin lastimar su seno delicado,
 Y si el hombre refiere alguna pena
 Le queda el corazón atormentado.
 Humilla su cabeza indiferente
 El bruto en las agrestes soledades,
 Y yo si logro doblegar la frente
 No puedo doblegar mis vanidades.
 Y ¿quién soy yo?—Poeta vagabundo
 Que vengo, como un réprobo maldito,
 A cantar una hora en este mundo
 En presencia de Dios y lo infinito!
 Vengo á pulsar el arpa un breve instante,
 Y en mi suerte más bella solo espero
 Que me sirva de tumba, como al Dante,
 Un camino tal vez del extranjero!
 Tengo el alma, Señor, adolorida,
 Yaunque á la voz de un triste no te asombres,
 No me quieras culpar porque te pida
 Otra patria, otro siglo, y otros hombres;
 Que en esta edad de tránsito que asoma,
 Con mi país de promisión no acierto:
 Mis tiempos son los de la antigua Roma,
 Y mis hermanos con la Grecia han muerto!...
 ¡Oh, Fáusto, Fáusto! ¡tu razón sombría
 En lo más hondo de mi pecho gime!
 ¡Oh! ¡Bellini inmortal, tu pena es mía!
 ¡Oh! ¡tu amor es mi amor, Byron sublime!
 La estrella de mi rumbo se ha eclipsado,
 Y no encuentro la senda por que anhelo;
 El lirio de la fé se ha marchitado;
 Ya no hay escala que conduzca al cielo.
 Van los pueblos á orar al templo santo
 Y llevan una lámpara mezquina,
 Y el Cristo allí desde la cruz en tanto,
 Abre los brazos y la frente inclina!
 Voluptuoso el amor en sus placeres,
 Ni busca mirtos, ni laurel aguarda;
 Y cubren con un velo las mujeres
 Al ángel adormido de su guarda.
 Y yo, Señor, como apacible río
 Que oculta un monstruo en su callado seno,
 Canto en reposo y de mi mal me río,
 Y tengo el corazón de angustias lleno!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

A JUDAS.

Cuando el horror de su traición impía
 Del falso apóstol fascinó la mente
 Y del árbol fatídico pendiente
 Con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su mísera agonía
 Mirábale el demonio frente á frente,
 Hasta que ya del término impaciente
 De entrambos piés con ímpetu le asía.
 Mas cuando vió cesar del descompuesto
 Rostro la convulsión trémula y fiera,
 Señal segura de su fin funesto;
 Con infernal sonrisa placentera
 Sus lábios puso en el horrible gesto,
 Y el beso le volvió que á Cristo diera.

JUAN NICASIO GALLEGU.

AL RELOJ.

Jamás pude seguir indiferente
 Tú monótono curso ni un momento,
 Ni observar tu incesante movimiento
 Sin anublarse mi serena frente.
 Jamás miré una cifra solamente
 En esa cifra que señalas lento
 Y con sonora voz lanzas al viento,
 Como un alerta á la engañada gente.
 Ella la dicha y el dolor aduna,
 Y cual fría verdad, que eterna luce,
 Me hace ver, por mi mal ó mi fortuna,
 En cada golpe que tu andar produce,
 Un paso que me aleja de la cuna,
 Un paso que al sepulcro me conduce.

JOSÉ MARCO.

Las Coplas de Calainos.

¡Válgame Dios y que caprichos tienen
 algunos hijos de la frágil y antojadiza
 Eva! Ha sido necesario ver la firma del
 Sr. Doncel y Ordaz al pié del artículo de
Perico de los Palotes (1) para convencer-
 nos de que tan poética pluma pudiera
 ocuparse en narrar las fazañas del mal
 llamado perinclito personaje.
 ¡Perinclito un hombre que no supo
 hacer sino palotes! ó mi magín no com-
 prende *palotada*, ó tamaña honra no la
 merece en manera alguna semejante en-
 te. Que se la hubiera dispensado al rey
 que rabió, á D. Martín Garabato y otros
 héroes por el estilo, pase; pero endosar
 tan halagüeña calificación al toscó Peri-
 co, indigno es de un *Doncel* instruido y
 de un poeta que tenga narices en la ca-
 ra. Por ende, yo reclamo tal honor para
 mi patrocinado! para el célebre, el sá-
 bio, el nunca bien aplaudido Calainos,
 que pasó su vida haciendo coplas, como
 la pasó haciendo nada el no menos cé-
 lebre Cascaciruelas.

(1) Publicado en los Postres.

Nació nuestro héroe el día 20 de No-
 viembre del año de gracia 18&L en un
 pueblecillo asentado en la falda de Des-
 peñaperros, que como saben nuestros
 lectores, si son tan instruidos como yo
 en geografía, se halla entre Salamanca y
 la Frejeneda; hijo fué de honrados pa-
 dres, que si honrados no fueran, Calai-
 nos se abstuviese de nacer; pero como no
 siempre la honradez es acompañada de
 recursos pecuniarios, de aquí que pasa-
 sen una vida no muy holgada, poniendo
 en práctica aquello del Génesis: *In sudore
 vultus tui vesceris panem.*

Y pues de latín se trata, y estoy dan-
 do una prueba de mis conocimientos en
 la lengua de Nebrija, vendrá aquí de mol-
 de aquello de *talis pater, talis filius*. Quie-
 ro con esto decir que el padre de Calai-
 nos era muy instruido; había sido Alcal-
 de dos veces, *por que probó la excelencia
 de los pastos de su pueblo*, y su tierno
 pimpollo no le iba en zaga en talento y
 disposición.

*Verdad es que á veces se ven raros fenó-
 menos; yo conozco más de un padre leido y
 escrito* que tiene herederos bien gaz-
 nápiros; pero á esto contestaré, que
 cuando Dios quiere, á todos aires llueve;
 que no hay regla sin excepción; que un
 caso no hace ley: que de una gallina ne-
 gra sale un pollo blanco, y que... basta.

Desde sus primeros años dió Calainos
 pruebas de una penetración sin límites,
 así quellegado el tiempo de su jumentud
 (léase juventud) era la admiración del
 pueblo y el orgullo de sus progenitores.
 El cura le admiraba, el barbero era el
 trompetero de su fama cantando al com-
 pás de unas juguetonas seguidillas las
 notables coplas del inspirado bardo, y
 todos rendían ante el imberbe jóven la
 ofrenda de su admiración.

Su musa era conocida, desde que al
 acercarse la festividad de San Cornelio
 compuso los gozos, cuyo estribillo es

San Cornelio fué francés
 Y Santo Tomás de Aquino;
 Y lo que tiene á los piés
 San Anton, es un cochino.

Pero esto era muy poco para su reputa-
 ción, y se decidió á dar un golpe, por el
 cual conociése el mundo que ardía en él
 la inspiración. Aproximábase el día de
 San Caralampio, patron del cura, que así
 se llamaba, y escribió los siguientes ver-

sos que demuestran suficientemente si
 nuestro vate había óno bebido las aguas
 del Helicon.

Ya llega San Caralampio....
 Dios quiera, pastor bondadoso,
 que tengais un placer amplio
 como lo desea este vuestro feligrés obsequioso.
 Pido al Cielo poderoso
 que goceis bienes prolijos,
 pues mi pecho mucho os ama,
 en compañía del ama
 y de vuestros amantes hijos!

Como se vé, la versificación no podía
 ser más correcta. El cura recibió con el
 mayor júbilo tan notable elucubración;
 es verdad que el buen hombre ni siguie-
 ra sospechó que el último verso podía
 encerrar un horrible epigrama. Pero
 también podía y debía tomarse aquel
 verso en sentido figurado: los hijos de
 que hablaba, eran los feligreses: ¿podía
 darse tropo más poético? El bueno del
 cura colocó aquellos versos en un cua-
 dro de chopo, que él mismo barnizó de
 almazarron, y lo puso en el más prefe-
 rente lugar de su gabinete. Y deseando
 mostrarse agradecido á tal fineza, se
 empeñó en que Calainos había de estu-
 diar latín:

—Porque, decia, el chico tiene que
 llegar á ser una gran cosa.

A los dos años de andar á vueltas con
 el *musa*, *æ*, y de atascarse otros dos en
 el *quis vel qui*, consiguió que su discipu-
 lo tradujese del siguiente modo la lec-
 cion de Santa Teresa: *Theresia nata Abu-
 lensis.*

Teresa nieta de sus abuelos.
 Entonces el párroco se decidió á dar
 al padre de Calainos una prueba del ta-
 lento de su hijo; reunió el concejo, con-
 vocó por *cédula ante diem* á los caciques
 del pueblo, y apenas los vió unidos y con-
 gregados, dijo abriendo su breviario:
 —Calainos traduce este punto. *Deus
 qui decorasti B. Nicolaum innumeris mi-
 raculis.*

Obediente el mancebo como una re-
 cien casada, tomó en sus manos el libro
 que le ofrecían, y leyó con robusta en-
 tonación:

Deus, Dios, *qui decorasti*, que devoras-
 te, *B. Nicolaum*, al bienaventurado San
 Nicolás, *innumeris*, por los hombros...

El cura no se pudo contener, se levan-
 tó lleno de alegría y dió un abrazo á su
 discípulo; el padre reventaba de gozo, y

el barbero y sacristan pronosticaban que el rapaz ocuparía al fin una silla bestipolitana.

Pero ¡cosas del mundo! nuestro hombre en todo pensaba menos en seguir quebrándose la cabeza entre géneros y raíces: había visto una pupila del cirujano, moza garrida y donosa, y había formado desde entonces la idea de hacer á la chica gerundios de presente con esperanza de que ella le premiase con participios de futuro.

Y á fé, que la doncella no fué á su pasión esquiva: mas no crean nuestros lectores que por su amor olvidaba Calainos sus poéticas tareas.

Prueba de esto es, que envidioso el flebótomo de que el cura poseyese versos de nuestro vate y deseoso de alcanzar tamaña honra, le pidió humildemente otra producción para adornar su tienda. El amable Calainos le entregó al siguiente día la magnífica *cuarteta de verso corto*, como él la llamaba,

Barbaro, sigue animado,
aunque te trague el abismo,
y te se queme la parva,
la senda en que te has lanzado
del barbarismo.

El rapabarbas miraba satisfecha su ambición, pero por lo visto, no le agradó lo de bárbaro y barbarismo, porque sobre ello pidió explicación á nuestro literato.

—¡Hombre rudo é ignorante, le contestó, querías que usase los prosáicos términos de barbero y barberismo... eso es muy antiguo, yo prefiero las *incrustaciones*, variaciones, armonía y *motilaciones* del lenguaje moderno.

A tan convincente contestación, nada hubo que oponer; el barbero puso los versos en otro cuadro y quedó tan satisfecho, como si tuviera en su casa el vellocino de oro. Notó que algunos infelices, á quienes desollaba, sonreían maliciosamente al leer los versos, pero él entonces exclamaba en voz baja:

—¡Sonríen de admiración... oh!... son unos versos muy *incoloros*, como dice Calainos. Calainos decía sonoros; pero el barbero no se detenía en barras ni en barbas.

A muy pocos días apareció, escrito con carbon, en la puerta del sacristan el conocido cantar:

Sacristan, que vendes cera,
y no tienes colmenar,
rapeverunt con las uñas:
rapavere del altar.

El sacristan que no sabía latin, aunque todos los días lo masticaba, no se dió por entendido; pero el cura empezó á sospechar que Calainos, sin ser comerciante, tenía mucha trastienda, y se decidió á vigilar muy de cerca al esquijsado monago. Dejémosle inventar un medio para pillarle en el garlito, y vamos á nuestro héroe.

Se quejaba una tarde el sacristan delante de algunas personas del mal génio de su mujer, diciendo á voz en grito, que tenía don de errar.

Calainos que hablaba en verso como en prosa, y que había oído que la sacristana y el herrador se comprendían perfectamente, exclamó con la mayor sencillez:

Si tu mujer, buen Melchor,
tanto *yerra*, no te quejes:
lo mejor es *que la dejes*
por cuenta del herrador.

El verso apenas llevaba malicia, pero afortunadamente por nadie fué comprendido. Lógico era que llegase un día, en que se descubriesen los males denunciados por nuestro poeta; este día no se dejó esperar. Y sucedió, que el obispo á cuya diócesis pertenecía aquel pueblo, vino á practicar la visita cuando menos lo esperaban. Apenas lo supo el cura adornó lo mejor que pudo su gabinete, puso cortinas limpias al balcon y á la cama una colcha de algodón, heredada de su bisabuelo, sin acordarse de quitar el malhadado cuadro. ¿Qué es acordarse? aunque así hubiera sido, se hubiera abstenido de hacerlo desaparecer, para que viera el prelado que había quien lo felicitase en verso.

S. I. entró, y los leyó!... resultado de esta lectura fué que al cuarto de hora era despedida la señora Sinforosa y sus dos sobrinitos con cajas destempladas y que el cura recibiese una tremenda filípica de los labios de su superior. Entonces conoció la horrible jugarreta de su alumno, entregó á las llamas la nefanda composición y juró á Calainos que se las había de pagar todas juntas.

Divulgóse por el pueblo la noticia, y

todos los que habían recibido versos de nuestro vate, se pusieron en guardia, investigando el sentido oculto de tan fermentadas coplas. No tardó el barbero en conocer su barbaridad, y ver el epigrama que contenían los suyos. Rasgó con furia el endiablado papel, y juró cortar el gaznate al autor la primera vez que le hubiese á las manos.

Pero un mal nunca viene solo: amosado el cura por lo que le había pasado se decidió á descargar su mal humor sobre el primer prójimo á quien tuviese la desgracia de ver, y este fué el sacristan. Venía á traer la llave de la iglesia, y tomando el cura pretexto de la tardanza, porque algun pretexto necesitaba, le empezó á reñir con desaforadas voces: y sucedió que levantó los brazos en el furor del apóstrofe, y creyendo el sacristan que vendría sobre su mejilla uno de esos bofetones que imprimen carácter, retrocedió dos pasos, mas con tan mala fortuna que aplastó bajo su pié el rabo colosal de un enorme Mizifuz. Herido el animal, lanzó un doloroso *miarramiaumiau*, clavando al mismo tiempo sus aceradas uñas en las pantorrillas del sacristan, emancipadas en uso de su soberanía económica del despotismo de las calcetas. Al sentir el monago las cariñosas amonestaciones del Mirlinante, vaciló en su base y cayó contra la puerta, dando un doloroso gemido; al caer se escaparon del bolsillo de su mugrienta sotana porción de cabos y raspaduras de cera, lo que vino á exasperar la bilis del cura.

—¡Bribon, exclamaba, con que era cierto lo del *rapeverunt* de Calainos!

El sacristan comprendió el sentido de aquel latinajo, y juró tocar á gloria el día en que falleciese el epigramático escritor.

—Desde este momento, continuó el párroco, dejas de ser ama de gobierno de la casa de Dios.

El sacristan tomó furioso el camino de su casa, diciendo en voz baja:

—Perdería de buena gana hasta las orejas, si pudiese cantar cuanto antes el *Benita adoremus* y el *Rabocorderis* á ese pillo de Calainos. ¡*Arperges me* guisopoli es el mayor bribon que come pan.

¡Infeliz.... Aun le faltaba el rabo por desollar.

No sabemos lo que hallaría el sacristan al entrar en su casa, porque de allá á un momento se oyeron maldiciones,

gritos y alboroto. Los vecinos se detenían con curiosidad á la puerta, y á poco vieron salir al herrador, huyendo como ciervo perseguido, con las narices horriblemente abultadas, y medio derrengado. Algunos más atrevidos penetraron en la casa y vieron al sacristan dando una lección de *paleografía* á su mujer. Y se empezó á oír un murmullo que acusaba á Calainos, como causa de aquella escena. Las mujeres chillaban, opinando que debía ser ahorcado, porque era una infamia, decían, descubrir *pequeños* deslices, y los hombres creían que debía hacerse un picadillo con las narices y orejas del infeliz motor de aquel desastre.

No se dormía en las pajas nuestro héroe: veía la tempestad que se había formado contra él, y se previno á evitar sus consecuencias, y como tenía sus puntas de romántico, se dirigió á casa del cirujano, á quien no encontró porque estaba aplicando un golpe de sanguijuelas en la nuca al herrador. Pero no era al cirujano á quien buscaba y sí á su adorada Tecla, á quien dijo:

—Huyamos, Tecla, huyamos, si no queremos ser víctimas del pueblo bárbaro. *Fugite partes adversæ*, como dice el cura. Pero me olvido de que no entiendes latin y que por consecuencia estás dispensada de tener sentido comun. *Huid antes que lo adviertan*: eso quiere decir en castellano.

La niña se hizo de rogar, como quien quiere y no quiere: al fin consideró que de no seguir á Calainos tendría que apechugar con su viejo y escuálido tutor, cuyas intenciones amorosas... á su caudal, no la eran desconocidas. Y se decidió, y caballeros en una burra, abandonaron la madre patria.

Júzguese de la desesperación de nuestro cirujano, cuando al tornar á su casa vió la desamortización de su Tecla; pateó, bufó, renegó y unido esto á que un mes despues la justicia le sacó los cuantiosos bienes de la ya Madama Calainos, le ocasionó una fiebre pútrida, que en pocas horas lo llevó á la presencia del divino Manuel.

Pero el pueblo no se podia conformar con la pérdida de tan buen facultativo; los enemigos de Calainos eran muchos, reunido el concejo, declaró por unanimidad de votos al desgraciado poeta traidor á la patria, y determinó quemarlo en efigie, ya que no podia ser habido á las

manos en carne y hueso. Así se verificó en un campo inmediato al pueblo, que desde entonces fué llamado el Tostadero de Calainos.

Poco importaban á nuestro héroe tan patibularios procedimientos. Tecla era hermosa como una flor, rica como un Creso, y amaba á su marido con un delirio no usado en estos tiempos; de modo que le hacia feliz en toda la extension de la palabra, y ¿qué hombre seria desgraciado con una mujer de tales circunstancias? Pero en este mundo todo es fugaz y pasajero; trascurridos algunos años la inexorable Parca cortó el hilo de la vida de Calainos.

Otro sí, desde su casamiento no volvió á hacer más coplas, recordando los sabores que le habian acarreado, y si algunas hacia, era en secreto con su mujer. Y yo he visto su testamento, en que prevenia se le llevase á enterrar á su pueblo: pero sabedores los vecinos de esta disposicion, declararon el lugar en estado de sitio y se resistieron al cumplimiento de lo por el difunto prevenido.

Por ende, fué otra vez llevado al lugar de su residencia, donde su esposa le alzó un mausoleo, en cuya lápida sepulcral se leia:



Aquí yace Calainos,
que al mundo un dia asombró,
y el desgraciado murió
de un atracon de pepinos.
¿Qué vena á su vena iguala?
De luto en señal, confusas
han puesto las nueve musas
armas á la funerala.

R. I. P. A.

A. L. ANITUA.

HISTORIA DE LOS ABANICOS.

El uso de ellos vino de Oriente y de otros países cálidos, en los que se sirven mucho de ellos para refrescar el semblante y alejar las moscas y otros insectos de que abundan. Así es que en Asia son antiquísimos, fabricándolos de tiempo inmemorial y de formas varias y caprichosas. En la América y tambien en la China los hay preciosísimos de plumas de diversos colores, forman-

do dibujos raros y exquisitos.

Un antiguo historiador dice que la bella *Kansi*, hija de un mandarín chino, habiendo contraído la costumbre de tener en la mano su antifaz ó máscara y agitar el aire con ella para refrescar el semblante, creó sin pensar, el uso del abanico.

En Turquía hombres y mujeres se sirven habitualmente de abanicos ó mosquiteros de pergamino ó de plumas de pavo.

Un abanicazo dado con el que tenia en la mano el último Dey de Argel, Husseim Pachá en el rostro del cónsul general francés Mr. Delva, con motivo de una disputa que se promovió en ocasion de haber pasado con los demás residentes europeos á felicitar á S. A. en la fiesta del Bairam, el dia 30 de abril de 1827, dió lugar á que la Francia para vengar aquel insulto y otros anteriormente recibidos, preparara una formidable escuadra, mandada por el vice-almirante Duperrey, y con el general Bourmont se apoderara de Argel el dia 5 de julio de 1830, pasando á ser desde entonces una colonia francesa.

Las personas de consideracion en Turquía van siempre acompañadas de un esclavo ó criado con un abanico ó plumero para apartar los insectos.

Cuando come el Sultan, uno de los primeros empleados de palacio se ocupa tambien en alejarle las moscas y otros insectos que pudieran molestarle, refrescando al mismo tiempo el aire.

El abanico, que con tanta gracia como coquetería saben manejar nuestras españolas, particularmente las andaluzas, y que algunos creen tomaron de las bellezas de los harems granadinos, se propagó tambien por Francia en tiempo de Enrique III y pasó á ser desde entonces, particularmente en los reinados de Luis XIV y XV, el indispensable cetro de las mujeres elegantes: aun conservan un mérito especial los abanicos á la *Pompadour*.

Algunos suponen que los aventadores, bastante comunes en ciertas casas de España ó Italia, particularmente de labranza, suspendidos del techo y que se mueven por medio de un sencillo mecanismo sobre las mesas de comer, fueron introducidos en nuestra península por los árabes. Con estos aventadores no solo se alejan las moscas y otros incómodos insectos, sino que se refresca el aire del comedor por el impulso que recibe.

Los llamados abanicos mágicos son unos en los cuales está pintada con colores simpáticos una flor marchita y seca, que aproximando el abanico al fuego recobra paulatinamente su lozanía y verdaderos colores; pero que vuelve á perderlos en seguida á proporcion que se enfria.

Un cierto Gaucheret de París inventó en 1820 unos abanicos, en los cuales por medio de un ingenioso mecanismo se veian pasar á

manera de sombras, diferentes objetos y figuras de movimiento.

La iglesia griega hace tambien uso, con arreglo á su liturgia, de abanicos y entrega uno de hechura particular al que se ordena de diácono, para recordarle otra de sus funciones, que es apartar con él los insectos que pueblan el aire y podrian molestar al celebrante mientras oficia. Este abanico tiene la figura de un querubín con las alas abiertas.

Los monjes maronitas, que pertenecen tambien al rito griego, se sirven de dos abanicos ó aventadores redondos hechos de una lámina muy delgada de plata ó de azofar guarnecida con muchos cascabeles y pintado un querubín en medio. Dos ministros del altar, detrs del celebrante, les agitan al entonar el Sanctus y durante la consagracion, con cierto movimiento tembloroso, aludiendo al de los querubines que están ante el trono del Altísimo. De estos abanicos, llamados *flabelum* en latin y *rhyppidion* en griego, se hace mencion en las constituciones apostólicas, en algunos rituales de la órden de Malta y en el ceremonial de los dominicos.

Existió tambien una órden de caballería que se llamó del Abanico, cuyo nombre

cambió luego con el de Ulrica ó Luisa Ulrica.

El abanico era un objeto casi indispensable para asistir los individuos de los antiguos gremios de artesanos de Barcelona á ciertas procesiones, como las del Corpus, y á determinados actos de la corporacion. Solian ser de palma blanca, tejida con más ó menos arte y pintarrajeada algunas veces, orlados de terciopelo con flecos de seda y oro los más ricos, ó bien guarnecidos con becerrillo dorado ó plateado y con flecos de seda ú algodón en rama, asegurados en un hastil, por lo comun de palma ó de otra madera lijera, igualmente guarnecido, parecidos en la forma, bien que mucho mayor á los que actualmente están en uso y se venden por los paseos, teatros, etc. de Barcelona.

Cuando el dia 17 de Julio de 1533 salió de Barcelona la emperatriz y reina de España Isabel de Portugal, para reunirse con su esposo el emperador y rey Carlos V de Alemania y I de España que estaba en Monzon presidiendo las córtes, se remitieron allá tres abanicos, *ventalls*, guarnecidos de terciopelo, nueve menos lujosos, y ciento cuarenta y cuatro de papel ó comunes.

V. J. BASTÚS.

BIBLIOTECA CENTRAL